

Alejandro Tarragó

Unamuno y la formación del «intelectual»



COMO quien hace una escapada del áspero deber de cada día—pedagogía de galeote, ciencia en comprimidos, comercio de tópicos al menudeo—me he zambullido, durante un mes bien apretado, en la lectura liberadora de dos mil sugerentes páginas unamunianas. Aunque muchas de estas páginas ya fueron en la pluma de su autor botes y rebotes de otras ideas y sentimientos que con él incidieron, no he dejado yo por ello de ofrecer, a mi vez, mi personal resistencia o mi entrañable cobijo, proporcionando así nuevas y póstumas carambolas al juego de las ideas que tan diestramente manejara don Miguel de Unamuno y Jugo.

Te supongo enterado, lector amigo, de cual fuera el fecundo motivo conductor, el perenne sentimiento trágico que estimuló y agigantó la vida toda de Miguel de Unamuno. Sí: hambre intransferible, casi visceral, de inmortalidad; sed angustiosa de Dios; comézón in-

aplacable de supervivencia; prurito agónico de vida personal eterna y ubicua... He de confesar que al desplegar Unamuno tanta desazón y tal juego de pasiones ante ese su problema capital, no ha dejado de influir de un modo sustancial sobre mi propio y personal espíritu, jamás conturbado antes por ese género de congojas. Ya no domino ahora ¡ay! tan fácilmente mis siempre escasas aprensiones por la vida de ultratumba. Empiezo a sentirme ligeramente menos agnóstico. Noto, sin dolor, que ha sido algo mellado el filo de mi racionalismo. Concedo un poco más valor a las recónditas esperanzas edénicas y celestiales que, siquiera en la primera infancia, mecen el alma de todo hombre. Me reconcilio con Aldous Huxley, a quien guardaba cierto reconcomio desde que vi en su «*Ends and Means*» cómo ponía a los místicos en el mismo plano que a los científicos en lo tocante al derecho a establecer de consuno las normas ideales de nuestra pobre vida humana. Sí, reconozco que Unamuno, con la piqueta de su «sentimiento trágico de la vida», con su noble artesanía en manejarla, logró penetrar en mi reducto interior y dejar clavado en él, por lo menos, un airón que ya no será abatido.

Pero tampoco anda uno tan escaso de previos razonamientos y meditaciones para que de buenas a primeras pueda, ni aun don Miguel de Unamuno, colocarse entero en el cogollo de un espíritu, desplazar de él viejas y bien sedimentadas concepciones y dejar victoriosamente plantado, con todas sus facetas e irisaciones,

el prisma que forjara para sí el inmortal don Miguel. No. El «sentimiento trágico de la vida» sólo será para mí, en los días por venir, un matiz más, indudablemente periférico, de mi sistema de vivencias. Me permitirá sin duda comprender muchas cosas en el mundo de los valores humanos. Más aún—y aquí triunfa el profesor salmantino—: me permitirá dicho sentimiento sentir más clara e intensamente ciertos problemas que hasta ahora no habían hecho más que posarse en la epidermis de mi espíritu. Todo ello es de por sí más que suficiente para avivar mi agradecimiento—que jamás fué escaso—hacia el noble pensador, y hasta para colmar el honrado orgullo que le animaba en su alta docencia, abierta generosamente a todos los espíritus. Y añádase a la conmoción fundamental que mi alma ha recibido todo un rosario de bien engarzadas enseñanzas menores, capaces de acelerar y tal vez rectificar el rumbo de una vida.

Otra es, que no la del «sentimiento trágico», la enseñanza unamuniana que hoy quiero destacar. Y aquí viene a cuento advertir que acaso le estoy jugando al maestro una mala pasada con cierto sabor de trágala. En efecto, gustábale a Unamuno insinuar—y amplificaban torpemente sus atolondrados auditores y lectores un manifiesto desvío por las menudencias y ramplone-rías pedagógicas. Más que desvío, animosidad. No había en ello otra cosa que natural y necesaria exageración «didáctica», perfectamente consciente en el maes-

tro, quien siempre prefirió a la expresión comedida la robusta exclamación apasionada capaz de despertar al público más amodorrado. Pues bien, a ese espíritu prócer y rebelde, tan dado a exteriorizar mohines desdeñosos ante toda deformación «pedagógica», me complazco hoy en dedicarle estas reflexiones que son, sin ironía ni desplante alguno, esencialmente pedagógicas, educacionales, normativas.

Desde mi adolescencia vivo engolfado, con apasionada plenitud, en el torbellino de ideas, sentimientos y acciones que tienen por norte la formación del hombre y la comprensión del mundo. He ahí mi *leitmotiv* vitalicio, que es doble y paralelo. No quiero discutir si este mi motivo personal—tan personal como tremendamente mostrenco—goza de una mayor o menor jerarquía que el hambre de inmortalidad de Unamuno, o la sed de amor de Don Juan, o el afán de mando de Luis XIV. Digo sí que todo cuanto tenga que ver con formar hombres y comprender el mundo me interesa sobremanera, y añadido que aun las vivencias más agudas experimentadas por mis prójimos señeros sólo cobran para mí pleno interés—no hablo de simpatía, siempre presta—en la medida en que me ayudan a dominar mi dulce angustia de «educador» siempre perplejo y de «curioso» jamás satisfecho.

Llevado de mi personal y vitalísima tendencia, me he complacido en ir anotando todo aquello que la vida y la obra de Unamuno tienen de luminoso para quien

pretende seguir cultivando el arte de formar hombres. He visto en seguida que tal vez convenía restringir el campo que con ayuda de la linterna unamuniana deseaba iluminar. Con ello obtenía un mejor enfoque y un más sencillo estudio. Así, he limitado mi inquisición a esto: ¿Qué ejemplo vivo nos ofrece Unamuno en el empeño de formar al hombre «intelectual»? ¿Qué luz nos presta el atormentado profesor de carne y hueso a quienes aspiramos a saber algo del oficio de educadores de hombres de selección, siquiera sea para ir aplicándonos a nosotros mismos la maestría que adquiramos? Porque en más de una ocasión se me ha ocurrido hablar con mis amigos acerca de tales y cuales normas encaminadas a la formación del hombre de élite, y hasta guardo entre mis papeles algún que otro esquema—por cierto audazmente ambicioso—en que se consigna el programa mínimo de condiciones substantivas, de destrezas y técnicas, de cultura fundamental que debe poseer el «varón culto», el «ciudadano de pro», el «intelectual» o como quiera llamársele. Mas he aquí que ahora me hallo ante un hombre que es un individuo y una persona y un nombre. Me hallo ante alguien que nació en Bilbao en 1864 y murió en Salamanca en 1936. Renuncio por esta vez de buena gana a discurrir acerca de las condiciones y maneras del «intelectual» en abstracto. No pregunto cómo se hace éste, ni qué es o debe ser en sustancia. Me quedo con don Miguel de Unamuno y trato de fijarme en sus secretillos, sus ambiciones, sus cualidades y aptitudes,

sus puntos de vista, su cultura y el modo como la adquirió y, en fin, la silueta toda de su ser «intelectual». Y aclaremos de paso el inevitable equívoco a que puede dar lugar este término, máxime cuando interfiere peligrosamente en la vida anti-intelectual de Unamuno. Hablo de la formación del «intelectual», y pienso vagamente en Bello y Sarmiento, en Galdós y Ortega, en Azorín y Montaigne, en Poincaré y Claude Bernard, en los tres Huxley y en Darwin, en Humboldt y Galileo y Arquímedes y Platón... No me obligues a mayor precisión, lector inteligente, ni me fuerces a cambiar el título de este ensayo. Las comillas puestas al término «intelectual» indican suficientemente la precaria y asendereada significación del vocablo; pero me quedo con él por ser harto evocador y explícito, sobre todo si no te empeñas en analizarlo.

Para el amigo de las selecciones, florilegios y antologías ofrece Unamuno en su obra un volumen de más de quinientas páginas de literatura estrictamente didáctica, pedagógica, educacional. El profesor de lengua y literatura que quiere leer geniales atisbos metodológicos los hallará, y abundantes, en las páginas del audaz y garboso lingüista vasco. Asimismo el profesor de historia, y el de ciencias, y el padre de familia, y el político de la educación. Pero yo no recomendaré jamás a editor ni recopilador alguno que vaya desmochando a tijeretazos la producción unamunesca con el propósito de dar a luz ese volumen de quinientas páginas. Con ser valioso lo que en ellas se imprimiera,

siempre quedaría fuera el hálito vivo del pensamiento, de la pasión y de la acción «pedagógicas» de esa alma restallante que fué don Miguel. Esa alma no se presta a las desabridas «selecciones». Hay que palparla y leerla en todas sus facetas, en todas sus intencionadas reiteraciones. Hay que sentirla en todas las encrucijadas, hay que seguirla por todos los recovecos... Pero alto, que si digo clamando demasiado esta verdad no me sentiré tentado a terminar y menos a publicar estas líneas, reflejo pálido de una sola faceta del multiforme pensador. Y ahora, a esos secretillos que prometía.

Unamuno odia la excesiva especialización profesional. Apenas salido de la adolescencia termina su licenciatura y su doctorado en Filosofía y Letras. Se pone a leer furiosamente, y a pesar de su viril empuje de fuerte proletario del saber, no logra ser aprobado en ninguna de las cuatro primeras oposiciones en que toma parte. El, que ha leído y estudiado, y que sin duda ha aprendido; él, que tiene la salud de los robles de su tierra y el tesón de sus ásperos conterráneos, se queda sin cátedra de Filosofía, de Metafísica, de Latín, de Latín bis. A la quinta embestida penetra en la cátedra de Griego de Salamanca, y años después completa su versatilidad docente encargándose de una cátedra de Historia de la Lengua Castellana. Estos hechos, efecto o causa—lo mismo da—de su odio a la especialización, me llevan a mí a pronunciarme sobre este problema, que es básico en la formación del intelectual. Y digo lisa y rápidamente que estoy con Unamuno:

ni a principios de siglo era patriótico en España limitarse a estudiar alas de díptero, ni hoy puede el intelectual, ciudadano del mundo, inhibirse de las altas responsabilidades que le incumben en la orientación y amplio magisterio de la Humanidad descarriada. Todavía es compatible ser un Joliot-Curie y enterarse de la tragedia de una Patria! No hay ciencia fecunda sin un cálido aliento humanista. No existe el saber si no es multiforme y dispar. Aconseja, en consecuencia Unamuno cálculo infinitesimal a los estudiantes de Filosofía, teoría del conocimiento a los que cultivan la Ciencia, cultura científica a los literatos, garbo expresivo y numen poético a los matemáticos, pasión creadora a los eruditos, imaginación a los industriales y comerciantes. Me adhiero también sin titubeos a estas aparentes paradojas. Ellas, y la tendencia integradora, universalista, antidiferenciadora, son prenda del espíritu libre que quiere Unamuno—y queremos todos—ver señorear en todo aquel que se dedica a la adquisición y difusión de la cultura.

Espíritu libre. Libertad. Esto merece, al hablar de Unamuno, párrafo aparte. Libertad y sinceridad emparejadas. Quiere Unamuno a las almas desnudas y sin trabas. Le asiste una hipersensibilidad para todo lo que afecta a la supremacía del espíritu, al valor de la verdad, a la jerarquía del hombre civil. Estas categorías son en Unamuno resonancias apasionadas de un mismo sonido fundamental: libertad. Así, sabe pensar virilmente en voz alta cuando es necesario examinar

una y otra vez los temas intangibles o espinosos. No teme hablar de Dios y de la Patria; de los militares, los obispos y los políticos; de los indoctos académicos de la Lengua, desconocedores del bajo Latín; del París superficial de los boulevares; del feminismo innecesario; del inútil y retardatario—aunque entrañable—idioma vasco. Y proclama explícitamente que el heterodoxismo es fuente de vida. Y aconseja ser un «ideoclasta», adaptando mediante el uso de las ideas a uno en vez de hacerse esclavo de ellas. Y rechaza los planes formativos demasiado rígidos, aconsejando al hombre la espontaneidad y la rectificación compatibles con la continuidad fundamental del pensamiento. Llevado casi a la deriva por estos fuertes soplos de libertad, no teme aconsejar que pensemos como queramos, con lógica o sin ella, con tesis, con ilación o con lo que nos dé la gana. No le asusta la contradicción, la íntima contradicción, prenda de libertad y de sinceridad, principio fecundo de vida espiritual. Y que nadie vea en estas concesiones a lo sincero y espontáneo y cambiante una patente de corso que Unamuno se dé a sí mismo para meterse violentamente en los predios de lo racional, lo lógico, lo ponderado. Podrá Unamuno alguna vez, deseoso de romper toda clase de cadenas, proclamar desafortadamente los derechos del corazón, de la vida, de la fe y de la esperanza; mas a renglón seguido se percibe que su desafuero es mesurado, que su pasión es equilibrada y elegante, y que no le abandona el buen gusto ni aun cuando abomina de él.

La sinceridad de Unamuno y su amor a la verdad son tan fuertes y estimulantes como su exaltado espíritu liberal. Si al escribir se libera a menudo de las prescripciones de la retórica, cuando siente lo hace sin someterse a cánones, y cuando publica el pensamiento no sólo dice «su» verdad—que él sabe contingente en el mundo racional, pero absoluta en los entrecijos del cosmos—sino que además nunca enturbia ni olvida cuidadosamente esos aspectos recalcitrantes de las cosas, que a lo mejor se oponen a los intereses, o hipótesis, o creencias generales de uno. Siguiendo a Schopenhauer, aconseja «escribir porque se ha pensado antes, en vez de pensar con el objeto de escribir». Pero este imperativo de sinceridad y de naturalidad resulta perfectamente compatible con el otro consejo de que para pensar fructíferamente hay que hacerlo con la pluma en la mano o bien en animada conversación con otros, aportando la combativa presencia de nuestro yo activo y hasta turbulento. ¡Cuán a menudo olvidamos esta primordial fase expresiva en nuestras lides. causinamente pasivas, por el Saber y la Cultura! El yo unamuniano, acentuadamente personal y ubicuo, se revela sugestivamente en la recomendación que hace a quien desee adquirir el dominio del idioma. Nada de leer y rumiar a todo pasto a los grandes maestros—dice—. Lo mejor es corregir lo que uno ya sabe, tomar del ambiente inmediato las formas expresivas, meditar sobre lo que se tiene dentro y lo que se tiene a mano, y apoderarse así de la corriente flúida del idioma, corriente en la

cual los grandes maestros son sólo un aporte, mas no la fuente viva originaria.

Y esto del dominio del idioma me lleva al poliglotismo de Unamuno, del «intelectual» Unamuno. Traducía y recitaba por lo menos del vasco, galaico-portugués, catalán, francés, italiano, inglés, alemán, holandés, danés, latín y griego. Era capaz de gozar la belleza literaria de estos idiomas. Podía escribir con mayor o menor corrección en castellano, vasco, francés, latín y griego. Había saludado por lo menos cuatro lenguas más (¿sueco, hebreo, árabe, sánscrito . . .?) Sabía de etimologías, de semántica, de leyes lingüísticas. Era ésta, por otro lado, la única especialidad que admitía poseer cuando se le forzaba a reconocer que poseía alguna. Pero . . . pero Unamuno era, por encima de todo, en el dominio lingüístico, un ferviente cultivador de la lengua castellana. Conocía los peligros del plurilingüismo. Sabía del poder disgregador que acompaña a la multiplicidad babélica. No ignoraba que el espíritu necesita de una sangre pura y concentrada, y la sangre del espíritu es la lengua. ¿Cómo satisfacer esta necesidad y acallar a la vez el hambre de variedad, de horizontes, de mundo, que espoleaba a nuestro humanista? ¿Cómo? Pues como competía a un varón entero, a un temperamento viril que jamás necesitó de aperitivos, acometiendo cual fauno insaciable la rica y jocunda multiplicidad de lenguas cultas, a la vez que mordiendo y asimilando con fruición de adolescente la

manzana del idioma de Castilla. Daba con ello Unamuno una espléndida lección de plétora vital, de generosa turbulencia mental a tanto «intelectual» pusilánime como pulula por estos mundos. ¿Y qué de su reiterada recomendación de leer diversos y contrapuestos autores, por temor de que las ideas de los unos equilibren y hasta destruyan en nuestras mentes las ideas de los otros? ¿Y lo de repensar los lugares comunes como el mejor medio de librarnos de su maleficio? ¿Y el exigir del lector que cultive sus entendederas tanto como debe cultivar sus explicaderas el escritor? ¿Y el aconsejarnos ambición, mucha ambición, mucha ambición, más ambición todavía?

Siempre se hallará un baño de humanidad y de grandeza en las calientes páginas del hombre que fué Unamuno. Amaba a la Naturaleza, y amaba lo que tienen de natural la Sociedad humana, el Pueblo, el Hombre. Tomaba lo nacional y lo étnico como el mejor camino para una interpretación total del Universo y de la vida. Esto era para él la filosofía. Y no rehuía, sino que buscaba, el cultivo de todas las ciencias como prope-déutica encaminada a perfilar mejor la visión filosófica que perseguía. Sentir la ciencia. Pensar el arte. Soledad para mejor servir al hombre. Enfasis, hipérbolos, paradojas y parábolas en la expresión apasionada de nuestras vivencias. La sabiduría por encima de la ciencia. La cultura como producto vivo y estimable de la civilización. Esta, entidad perecedera y enemiga a las veces del hombre...

¿A qué seguir? Sería interminable. Que el lector me crea si le digo que «el ben ch'ivi trovai» no fué cosa deleznable. Pienso volver a esa selva «aspra e forte» cada vez que la ola del escepticismo cobarde y egoísta pretenda deslizarse en mi intimidad.

Santiago, abril del 46.